



Laicos por vocación, llamados a la misión

Día de la Acción Católica y del Apostolado Secular

Subsidio litúrgico
para el celebrante

Solemnidad de Pentecostés

Domingo, 19 de mayo de 2024



© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Oh, Señor, envía tu Espíritu (CLN, 252) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antifona de entrada (Sab 1, 7; o bien, cf. Rom 5, 5; 8, 11):

El Espíritu del Señor llenó la tierra y todo lo abarca, y conoce cada sonido. Aleluya.

O bien:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que habita en nosotros. Aleluya.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R̄. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Dios de la vida,
que ha resucitado a Jesucristo
rompiendo las ataduras de la muerte,
esté con todos vosotros.**

R̄. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Hoy, domingo de Pentecostés, acogemos el don del Espíritu Santo a la Iglesia. En esta solemnidad litúrgica que cierra el tiempo de Pascua, celebramos el Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, bajo el lema: «Laicos por vocación, llamados a la misión».

Pentecostés es «llamada» y «misión». La Iglesia es «llamada» y «misión». Es llamada a todos los fieles bautizados para ser testigos del Señor Resucitado. «Seréis mis testigos...», nos exhorta el Señor. Esta misión la recibimos como don del Espíritu y como tarea que nos compromete.

Todos somos corresponsables en la misión evangelizadora de la Iglesia. Todos, como Iglesia del Señor, necesitamos la fuerza del Espíritu Santo para continuar la misma misión de Jesús: «Recibid el Espíritu Santo. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo».

Que la eucaristía nos llene del Espíritu de Dios. Que este Espíritu nos transforme para afirmar y confirmar nuestra fe, y nos empuje a vivir como testigos de Jesús y de su Evangelio.

RITO DE LA BENDICIÓN Y ASPERSIÓN DEL AGUA

El rito de la bendición y aspersion del agua bendita sustituye al acto penitencial.

El sacerdote, de pie en la sede, vuelto al pueblo, teniendo delante el recipiente con el agua que va a ser bendecida, invita al pueblo a orar con estas o similares palabras:

Invoquemos, queridos hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, para que bendiga esta agua, que va a ser derramada sobre nosotros en memoria de nuestro bautismo, y pidámosle que nos renueve interiormente, para que permanezcamos fieles al Espíritu que hemos recibido.

Después de un breve silencio, prosigue diciendo con las manos extendidas:

**SEÑOR, Dios todopoderoso,
Escucha las oraciones de tu pueblo,
ahora que recordamos la acción maravillosa de nuestra creación
y la maravilla, aún más grande, de nuestra redención;
dígnate bendecir ✠ esta agua.**

**La creaste para hacer fecunda la tierra
y para favorecer nuestros cuerpos con el frescor y la limpieza.**

**La hiciste también instrumento de misericordia
al librar a tu pueblo de la esclavitud
y al apagar con ella su sed en el desierto;
por los profetas la revelaste como signo de la Nueva Alianza
que quisiste sellar con los hombres.**

**Y, cuando Cristo descendió a ella en el Jordán,
renovaste nuestra naturaleza pecadora
en el baño del nuevo nacimiento.**

**Que esta agua, Señor,
avive en nosotros el recuerdo de nuestro bautismo
y nos haga participar en el gozo de nuestros hermanos
bautizados en la Pascua.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

℟. Amén.

Cuando las circunstancias locales o la costumbre del pueblo aconsejen conservar el rito de mezclar sal en el agua bendita, el sacerdote bendice la sal, diciendo:

TE pedimos humildemente, Dios todopoderoso,
que te dignes bendecir ✠ esta sal,
del mismo modo que mandaste al profeta Eliseo
que la arrojase al agua para remediar su esterilidad.
Concédenos, Señor,
que allí donde se derrame esta mezcla de sal y agua
sea ahuyentado el poder del enemigo
y nos proteja siempre la presencia del Espíritu Santo.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

Y, en silencio, pone la sal en el agua.

A continuación, el sacerdote toma el hisopo, se rocía a sí mismo y a los ministros, después al clero y al pueblo, recorriendo la iglesia, si le parece oportuno.

Mientras tanto se canta un canto apropiado.

Terminado el canto, el sacerdote, de pie y de cara al pueblo, con las manos juntas, dice:

**Que Dios todopoderoso nos purifique del pecado
y, por la celebración de esta eucaristía,
nos haga dignos de participar
del banquete de su reino.**

Rx. Amén.

A continuación, se canta o se dice el himno Gloria (p. 8).

Si no se hace el rito de la aspersión y bendición del agua bendita, se hace el:

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Conscientes de cuánto nos queda para ser realmente una Iglesia sinodal, para reconocer la igual dignidad sagrada de toda persona bautizada, y de todos los seres humanos, invocamos la misericordia divina.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que por medio del Espíritu Santo nos conduces por el camino de la sinodalidad: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Tú, que nos abres a la comunión y nos libras del orgullo de creernos superiores a los demás: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú, que nos liberas de quedarnos encerrados y temerosos, y nos llamas a asumir el riesgo de ser una Iglesia en salida: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

A. MISA DE LA VIGILIA

DIOS todopoderoso y eterno,
que has querido que el Misterio pascual
se actualizase bajo el signo sagrado de los cincuenta días,
haz que los pueblos dispersos en la diversidad de lenguas
se congreguen, por los dones del cielo,
en la única confesión de tu nombre.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo**

**en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

O bien:

DIOS todopoderoso,
brille sobre nosotros el resplandor de tu gloria
y que tu luz fortalezca,
con la iluminación del Espíritu Santo,
los corazones de los renacidos por tu gracia.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

B. MISA DEL DÍA

OH, Dios, que por el misterio de esta fiesta
santificas a toda tu Iglesia
en medio de los pueblos y de las naciones,
derrama los dones de tu Espíritu
sobre todos los confines de la tierra
y realiza ahora también, en el corazón de tus fieles,
aquellas maravillas que te dignaste hacer
en los comienzos de la predicación evangélica.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

Las lecturas que hoy escuchamos nos invitan a «creer» en el «Espíritu de la verdad». Se trata de la verdad que es Dios, tal y como esta verdad se ha manifestado en Jesucristo por el Espíritu Santo que se nos ha dado. Pero no se trata solo de creer en la verdad de Dios, sino de que también nos dejemos guiar en nuestra vida por el Espíritu de la verdad.

Creer en la verdad de Dios y ponerla en práctica: esto significa vivir según el Espíritu de Pentecostés, el que infunde amor, alegría, bondad, paz, comunión, perdón.

La Palabra de Dios nos exhorta a formar un solo cuerpo, la Iglesia de Jesús, en la diversidad de lenguas, carismas y ministerios, viviendo en unidad y en comunión los frutos del Espíritu.

NOTAS PARA LA HOMILÍA

— Por mucho que proclamemos de palabra lo contrario, muchas veces seguimos siendo una Iglesia temerosa, encerrada, que vive a la defensiva, enfrentada a este mundo que también nosotros habitamos, sin capacidad de asombro y sorpresa ante lo que el Espíritu Santo puede hacer para transformar la vida. Necesitamos la presencia del Resucitado, acogida vitalmente, para que el Espíritu actúe.

— Necesitamos acoger los dones del Espíritu que transforman nuestra existencia no en función de nuestros deseos, sino en la dirección del reino de Dios.

— El Espíritu Santo siempre nos empuja a la comunión, a superar diferencias y barreras, a valorar más lo que podemos construir juntos que el camino que recorreremos en solitario.

— Nadie puede ser cristiano en solitario. Nadie se salva solo.

— Somos enviados por el Resucitado a ser testigos de comunión, a tender puentes, a tejer fraternidad. Evangelizar es anunciar con nuestra vida que esto es posible en todos los ámbitos —personales, familiares, sociales, laborales, políticos...— y comprometernos a vivirlo en primer lugar en la Iglesia para ser testigos creíbles.

— El Espíritu Santo nos capacita con sus dones para poder vivirlo con gozo.

PROFESIÓN DE FE

Puede introducirse con la siguiente monición.

Al recitar el Credo, proclamemos con gozo el Misterio pascual, que es el núcleo de nuestra fe.

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la

Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Animados por la promesa de Jesús, «Mi Padre no negará el Espíritu a los que se lo pidan», oramos con confianza por las necesidades de toda la humanidad y toda la Iglesia.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por el papa Francisco, que conduce a la Iglesia por el camino sinodal poniendo especial atención en los pobres, en las personas que están en las periferias, en las más desfavorecidas y oprimidas;

para que, guiado por el Espíritu de Dios, sea con su palabra la luz y la esperanza que nuestro mundo y nuestra Iglesia necesitan. Roguemos al Señor.

2. Por los pastores de la Iglesia, por las personas consagradas, por los laicos, hombres y mujeres que, por su compromiso bautismal y según su particular vocación y carisma, realizan en la Iglesia diferentes servicios y ministerios; para que la escucha del Espíritu siga alimentando su vocación, su vida de fe y su compromiso para continuar la misma misión de Jesús. Roguemos al Señor.

3. Por la Acción Católica, en su compromiso y misión de llevar la Buena Noticia de Jesús en las parroquias y en los diferentes ambientes de la sociedad: al mundo del trabajo; de los jóvenes, de la discapacidad, de la universidad, al mundo rural; para que sigan siendo semillas vivas del reino de Dios. Roguemos al Señor.

4. Por las víctimas del terrorismo, de la explotación, de la violencia, de los desastres naturales, de la migración, de la exclusión; para que las políticas de justicia social de los gobiernos y la solidaridad humana ayuden a paliar este sufrimiento y desigualdad entre las personas. Roguemos al Señor.

5. Por todos nosotros, para que, convencidos de la misión recibida en nuestro bautismo, trabajemos por hacer realidad en nuestras comunidades cristianas el proyecto de una Iglesia sinodal, pueblo de Dios, comprometida con las necesidades de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, portando la alegría del Evangelio. Roguemos al Señor.

(Pueden añadirse otras intenciones).

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

DIOS, Padre nuestro,
que junto con tu Hijo Jesucristo
nos envías el Espíritu Santo,
acoge la oración que este mismo Espíritu
pone en nuestros labios y nuestro corazón.
Concédenos lo que de verdad necesitamos
para el bien de la Iglesia y del mundo.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: La alianza nueva (CLN, 253) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

A. MISA DE LA VIGILIA

ESTOS dones que acabamos de recibir, Señor,
nos sirvan de provecho,
para que nos inflame el mismo Espíritu
que infundiste de modo inefable en tus apóstoles.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén

B. MISA DEL DÍA

OH, Dios, que has comunicado a tu Iglesia
los bienes del cielo,
conserva la gracia que le has dado,
para que el don infuso del Espíritu Santo
sea siempre nuestra fuerza,
y el alimento espiritual
acrecente su fruto para la redención eterna.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios, Padre de los astros,
que en el día de hoy iluminó las mentes de sus discípulos
derramando sobre ellas el Espíritu Santo,
os alegre con sus bendiciones
y os llene con los dones del Espíritu consolador.**

Rx. Amén.

**Que el mismo fuego divino,
que de manera admirable se posó sobre los apóstoles,
purifique vuestros corazones de todo pecado
y los ilumine con la efusión de su claridad.**

Rx. Amén.

**Y que el Espíritu que congregó en la confesión de una misma fe
a los que el pecado había dividido en diversidad de lenguas
os conceda el don de la perseverancia en esta misma fe,
y así podáis pasar de la esperanza a la plena visión.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

℟. Amén.

MONICIÓN DE DESPEDIDA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición:

Todo cristiano es una misión en este mundo. Dios obra todo en todos. En cada uno según su vocación.

Hoy agradecemos el trabajo de tantos bautizados, hombres y mujeres de fe que, en su vida diaria, en lugares y ambientes muy diversos y de forma humilde, son portadores y testigos del Evangelio. Muchos lo hacen en pequeños grupos, formando parte de movimientos apostólicos, asociaciones, comunidades o colectivos diversos.

Todos somos discípulos. Todos somos misioneros. El camino de vida y de fe que empezó en Pentecostés lo hacemos ahora nosotros.

¡No detengamos el viento de Pentecostés! ¡No detengamos su fuerza y su vida! A ese viento, a esa fuerza y a esa vida que es el Espíritu del Resucitado nos ponemos, nos abrimos y nos volvemos, para ser también nosotros hoy luz entre los hombres.

¡No apaguemos el Espíritu de Pentecostés!

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado.

Podéis ir en paz, aleluya, aleluya.

℟. Demos gracias a Dios, aleluya, aleluya.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española